LA REVELACIÓN

REVISTA ESPIRITISTA

ORGANO OFICIAL DE LA SOCIEDAD DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

AFILIADA Á LA «UNIÓN ESPIRITISTA KARDECIANA ESPAÑOLA»

AÑO XXXII | Alicante 25 Mayo 1903 | NÚMERO 5.

En el Colegio laico "La Caridad"

Realmente fué un acto hermoso que ha dejado imborrables recuerdos, la velada celebrada el día 4 del actual por la entusiasta «Sociedad de Estudios Psicológicos *La Caridad,*» para inaugurar el espacioso y elegante local que, con destino al Colegio láico de señoritas que sostiene desde su fundación, ha habilitado la inagotable generosidad de una ilustre dama, hermana nuestra en creencias, como decíamos en un suelto de crónica del mes pasado.

El local, situado en el paseo de Méndez-Núñez, de esta ciudad, nada deja que desear bajo el doble aspecto pedagógico é higiénico y, ciertamente, podemos enorgullecernos los espiritistas alicantinos de contar con un centro de cultura de tan innegable importancia. Ahora, que el esfuerzo de los buenos consolide la obra.

La concurrencia que asistió al acto fué muy numerosa. Allí vimos á librepensadores y espiritistas, masones y representaciones de los partidos avanzados, á gentes de todas las clases sociales.

Magnífico y admirable aspecto ofrecía el gran salón del Colegio, alumbrado profusamente y adornado con flores.

La Mesa presidencial la ocupaban el presidente de *La Caridad,* el probado correligionario y querido amigo D. Juan Cabot; un vocal de la Jnnta Directiva y representación de LA REVELACIÓN y del otro centro hermano denominado *Sociedad de Estudios Psicológicos.*

En representación de los republicanos radicales, asistió una comisión de su Directiva, presidida por D. Hilario Ramos, y en la de lós unionistas, los señores Guardiola Ortiz, Santelices é Irles.

El señor Cabot abrió la sesión, y con elocuente frase se congratuló del solemne acto que iba á llevarse á cabo, encomiando su importancia y agradeciendo su asistencia á cuantos habían acudido.

Un buen discurso fué el pronunciado por el entusiasta hermano Miguel Vinader, y, á continuación, un coro de niñas del Colegio entonó un himno á la libertad, que fué aplaudido con entusiasmo.

Las niñas Vicenta Lillo y Encarnación Valero recitaron preciosas poesías.

Hablaron á continuación el obrero José Sanjuan y el profesor del Colegio láico de niños, D. Vicente Moltó. Sus discursos ensalzando las ventajas de la enseñanza láica y combatiendo la católica, fueron muy aplaudidos.

Las niñas Juana Amat y Lolita Navarro recitaron otras poesías admirablemente.

Los señores Pascual, Santelices y Sellés pronunciaron sentidos discursos, elogiando la obra educativa de los espiritistas.

El señor Cabot volvió á hacer uso de la palabra. Agradeció en nombre de la Sociedad *La Caridad* y protectorado de los Colegios láicos, el concurso de las representaciones especiales que habían concurrido al acto, aconsejando que todos, unidos y compactos, sean el firme apoyo de la obra realizada.

Encomia ésta, manifestando que de los Colegios láicos sale una juventud entusiasta y decidida que acabará con la reacción y con el despotismo, y termina cediendo la palabra al elocuente orador y director de *El Republicano* D. José Guardiola Ortiz, para que haga el resumen de los discursos pronunciados.

El discurso del distinguido concejal republicano del Ayuntamiento de Alicante, fué una obra hermosa, canto valiente á la enseñanza láica, aplaudido con entusiasmo, y que es lástima no hubiera sido recogido por un taquígrafo.

Terminó la agradable velada cantando *La Marsellesa* un coro de niñas.

En suma: una fiesta progresiva que honra á la Sociedad espiritista *La Caridad*, á nuestro querido Alicante y á la ilustre hermana en creencias que tanto hace en pró de la enseñanza y de la difusión de nuestras redentoras doctrinas.

SECCIÓN DOCTRINAL

El bien y sus frutos

(Dedicado á mi buen amigo y hermano en creencias D. Francisco Malaret)

Si supiésemos comprender que cuando hacemos un bien nosotros somos los primeros beneficiados, seguramente no dejaríamos escapar ninguna ocasiòn de ser útiles á nuestros semejantes, y si la negra ingratitnd era el

pago de los hombres, en vez de arrepentirnos redoblaríamos nuestros esfuerzos en bien de los demás.

Infinidad de veces habremos dado nuestro asentimiento á aquellas máximas evangélicas: «Dá al que te pidiere; y al que te quiere pedir prestado no le vuelvas la espalda». «No resistáis al mal, antes si alguno te hiere en la mejilla derecha párale también la otra.—Y á aquél que quiere ponerte á pleito y tomarte la túnica, déjale también la capa,—Y al que te precisáre ir cargado mil pasos, vé con él otros dos mil más.»

«Habéis oído que fué dicho: Amarás á tu prójimo y aborrecerás á tu enemigo.—Más yo os digo: Amad á vuestos enemigos; haced bien á los que os aborrecen, y rogad por los que os persiguen y calumnian;—para que seais hijos de vuestro Padre, que está en los cielos: el cual hace nacer su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos y pecadores.»

«Y si amáis á los que os aman, ¿qué mérito tendréis? porque los pecadores también aman á los que les aman á ellos.—Y si hiciereis bien á los que os hacen bien, ¿qué mérito tendréis? porque los pecadores también hacen esto.—Y si prestáreis á aquellos de quienes esperáis recibir, ¿qué mérito tendréis? porque también los pecadores se prestan unos á otros, para recibir otro tanto —*Amad, pues, á vuestros enemigos: haced bien y dad prestado;* sin esperar por eso nada; y vuestro galardón será grande, y seréis hijos del Altísimo; por que Él es bueno aún para los ingratos y malos.—Sed, pues, misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso.»

El egoismo de bienes y goces materiales es mal consejero. Esos bienes y goces son las riquezas aquellas á que alude el Evangelio, que «ladrones roban y orín y polilla consumen y corrompen.» Por eso, cuando en nuestros afanes no tenemos otra mira que la Tierra, nuestro bien personal; y buscamos, cuando obramos mejor. la recíproca, el aplauso de los hombres ó, cuando menos, su agradecimiento y queremos que éste se manifieste en la humillación de nuestro hermano hacia nosotros; entonces no sabemos comprender que obramos en perjuicio nuestro. Si obran con nosotros como hemos obrado, no esperemos recompensa después: la habremos ya recibido. Si nos aplauden ó permitimos que nos muestren agradecimiento por medio de la humillación y ello nos enorgullece, habremos perdido; por que con los aplausos y el agradecimiento, que son el precio que habíamos puesto á nuestra obra, ésta queda pagada, y hemos contraído, además, una deuda, por las condiciones que hemos exigido que fuese revestida la recompensa, dando satisfacción á nuestro orgullo ó vanidad. Obrando de este modo no nos elevamos del plano físico, y, por eso, al desencarnar, cuanto poseemos queda aquí y nacemos desnudos en el mundo de los Espíritus, del cual debemos descender luego, porque en la Tierra se hallan todas nuestras afecciones y los bastardos tesoros que habíamos atesorado, que nos atraen con atracción irresistible.

Queremos aplausos, devolución de lo prestado, agradecidos que nos quemen incienso. ¡Insensatos! No sabemos lo que pedimos.

¡Aplausos!... ¿Y qué puede aplaudir el mundo? Contempladle y daréis con la respuesta. No puede aplaudir mas que aquello que le halaga; lo que no se eleva del plano material del dominio de las pasiones; lo contrario de lo que conviene al Espíritu.

¡Devolución de lo prestado!... Eso ansiamos. Con esa condición y con crecido interés muchas veces, y sobra de garantías, nos decidimos á atender á nuestros hermanos en sus apremiantes necesidades. ¿Y qué ganamos con ello? Nada, y en muchas ocasiones perdemos mucho, pues que en vez de acreedores quedamos convertidos en deudores. Cuando prestamos y nos devuelven lo prestado, sin interés, nivelamos; pero cuando es con interés, sea de la clase que fuere, moral ó material, entonces nosotros pasamos á la categoría de deudores por todo lo que habremos exigido de más.

¡Agradecimiento!... Es indispensable; pero los agradecidos deben ser dos: el que recibe el favor y el que lo hace. El primero, porque recibir beneficios y no agradecerlos es propio de séres de condición inferior, y el segundo, porque favoreciendo á su hermano no hace otra cosa que favorecerse á sí propio, ya que, si somos hijos de nuestras obras y debemos recojer lo que sembramos, forzosamente el bien hecho con desinterés ha de redundar en beneficio nuestro.

Contemplemos nuestro presente, que deja mucho que desear; pasemos una ojeada á nuestro pasado, mirándonos en el espejo de los grandes criminales, de los libertinos, de los usureros, de lo peor, en fin, de la sociedad, que todo eso habremos sido, y examinando entónces el libro de nuestras cuentas, advertiremos las partidas enormes que tenemos asentadas en nuestro *Debe* y las escasas y mezquinas escritas en nuestro *Haber*. Y para aumentar éste y saldar pronto, necesitamos, en primer término, cerrar definitivamente el *debe*, no haciendo asientos más que en el *haber*.

Las partidas más importantes para el *Haber* son las que nos proporcionen aquellos á quienes desinteresadamente prestamos y no han podido devolvernos la cantidad prestada; los que pagan con ingratitudes nuestros beneficios y á pesar de ello no exhala nuestro labio una queja, y uno y otro día, les repetimos el mismo bien; los necesitados de todas clases á quienes prodigamos nuestros auxilios morales y materiales, con amor y sin jactancia; los que abusan de nuestra buena fé y nos tratan de tontos por nuestra candidez; los que nos injurian, calumnian y persiguen, obrando nosotros rectamente, y que, sin embargo, no logran despertar la *bestia* que duerme en nuestro interior, sino, muy al contrario el amor y la compasión; los actos de abnegación y sacrificio que realizamos en bien de nuestros semejantes, y los esfuerzos que hacemos para instruir y moralizar al género humano y para desarrollar nuestra inteligencia y purificar nuestra alma de sus imperfecciones.

Estas son las partidas que debemos fomentar, si queremos nuestro propio bien. Si á algún egoismo debemos dar pábulo ha de ser á éste, que nos elevará espiritualmente, librándonos de las garras de lo grosero y material.

Los tesoros así adquiridos son los que saldan nuestras cuentas del presente y del pasado y crean luego un fondo de reserva que ha de constituir nuestra riqueza en la vida futura. Cuando poseamos este fondo, ya no estaremos obligados á tener que venir á la Tierra á hacernos con semejantes riquezas; vendremos, si acaso, en misión, para enseñar á los terrícolas el camino de su redención.

No nos cansemos, pues, de obrar siempre el bien, y, sobre todo, para con aquellos que menos nos lo han de devolver, ya porque no puedan, porque no nos conozcan, ó porque sus imperfecciones no se lo permitan. Obremos en toda ocasión de conformidad con la doctrina que entrañan las parábolas del Evangelio transcritas al principio de este artículo, y si bien entónces la humanidad recibirá nuestros beneficios, tengamos la seguridad de que los más beneficiados seremos nosotros mismos; porque nuestro proceder estará conforme á razón y justicia y forzosamente recojeremos el exquisito fruto que corresponde á la buena semilla que habremos sembrado.

Angel Aguarod.

SECCIÓN DE CRÍTICA RELIGIOSA

NOCHES ALICANTINAS

XVII

(Continuación)

Paco.—Arrodilláronse los tres héroes sobre la leña de la hoguera que ya principiaba á arder, y abrasando el fuego los cordeles con que tenían amarradas las manos antes que hiciese su efecto en los venerables cuerpos, extendiendo los brazos á los Santos en forma de cruz, se mantenían en esta postura de inmolación entre las llamas fijos los ojos en el cielo, alabando y bendiciendo al Señor con la misma alegría que Anamás, Azarias y Misael en el horno de Babilonia. Bien acreditó Dios en todo el tiempo que conservó sin lesión á sus siervos que su infinito poder podría librarlos del incendio cuando así fuese su voluntad; pero como ésta era la de aceptar el sacrificio de aquellas víctimas agradables, probadas por el fuego y encontradas sin mancha, permitió que quedasen reducidas á cenizas en el día 21 de Enero del año 262.» «No tardó el Omnipotente en manifestar la gloria de los ilustres Martires con portentosas maravillas: en el momento que expiaron, estando viendo el lastimoso espectáculo Babilon y Migdonio, familiares del Gobernador, con una hija de-

éste, vieron subir á los cielos las almas de los tres Santos conducidas por los Angeles. Dieron noticia á Emiliano para que viese esta dicha; pero el Señor no quiso que fuese testigo de aquella felicidad en pena de su injusto atentado.» «Concurrieron los Cristianos por la noche al lugar del suplicio ansiosos de recoger las reliquias de los venerables Mártires, y llevando cada uno las que pudieron haber, se les apareció San Fructuoso y les mandó que, recogiéndolas todas, las colocasen juntas en un depósito; lo que hicieron prontamente en casa de cierto cristiano llamado Rogaliano, refiriendo cada uno la visión que había tenido del Santo, llenos de extraordinaria alegría. También aparecieron los tres gloriosos Mártires al séptimo día de su pasión á Emiliano, y reprendiendo su abominable ceguedad, le dieron á entender lo en vano que se había fatigado en darles muerte corporal, cuando sus almas gozaban de la visión beatifica; de la que estaban privados los idólatras, miserablemente engañados por el demonio en los cultos y en las ridículas supersticiones que le tributaban en las estátuas bajo el velo de quiméricas deidades.»

Matías.—No es menos singuiar y curioso lo que cuenta en el martirio de Vicente, diácono en Valencia: «Permanecía Vicente, inmoble, los ojos fijos en el cielo y el semblante risueño, adorando y bendiciendo sin cesar al Señor en aquella postura de inmolación y de víctima. Pero como la mano del Todopoderoso se descubría tan visiblemente en la alegría y en la constancia del santo Mártir, no podía permanecer expuesto por mucho tiempo á los ojos del público un espectáculo que tanto desacreditaba el culto de los ídolos. Todos admiraban la fuerza prodigiosa del paciente, y hasta los mismos gentiles clamaban que aquello no podía ser sin gran milagro. De suerte que se vió precisado Daciano á mandar retirar al invicto Diácono encerrándole en un oscuro calabozo, donde le tendieron para descansar sobre pedazos de hierro, con severa prohibición de que se le diese el menor alimento ni el más ligero alivio. Pero el Señor tuvo providencia de su siervo, porque de repente bajó una celestial luz que disipó las tinieblas del calabozo, y al mismo tiempo derramó Dios en el alma de aquel héroe una divina dulzura, un consuelo de superior orden, que le inundó de alegría. Hallóse de repente restituído á su anterior robustez y mejorado en su natural hermosura exhalando de su cuerpo un suavísimo olor que llenaba de fragancia aquel lugar hediondo. Bajaron á hacerle compañía escuadrones de espíritus angélicos, y se dejaron percibir los celestiales cánticos con que entonaban alabanzas al Señor, de manera que aquella horrorosa prisión se convirtió en paraíso de delicias. La fragancia, la música y el resplandor llenaron de admiración á los guardas; pero quedaron atónitos, cuando vieron á Vicente sin la más leve señal de los tormentos pasados, y convertidos en rosas los pedazos de hierro de que estaba sembrado el calabozo.

No era fácil persistir á tanto tropel de prodigios. Convirtiéronse á Cristo el alcaide con los guardas y llegando á noticia de Daciano lo que pasaba, tomó (fuere desesperación ó despique) una resolución bien extraña. Manda que al punto saquen al Santo de su calabozo; ordena que le acuesten en la cama

más blanda y más regalada que se pueda disponer, y da providencia para que se le cuide sin perdonar á regalo ni á remedio. Publícase en toda la ciudad este decreto; acuden los fieles en tropas á la cárcel; conducen al Santo como en triunfo por las calles; pues Vicente apenas entró en el regalado lecho que se le tenia prevenido cuando, como si fuera aquel el mayor de los tormentos expiró y voló su alma al cielo á recibir la corona y el premio de su victoria, sucediendo esto el 22 de Enero del año de 304 ó de 305.—Rabioso y fuera de sí Daciano al verse vencido y confundido por aquel héroe cristiano, mandó que fuese arrastrado su cadáver, y que sacándole al campo le arrojasen en un barranco, donde sirviese de pasto á las aves y á las fieras. Pero envió Dios un cuervo de grandeza extraordinaria, que le hizo centinela y le defendió de los demás animales. Ordenó el tirano que le echasen en alta mar porque no le diese culto y careciese de ese consuelo la devoción de los fieles; pero el Señor, que se burla de todos los artificios de la humana pendencia, condujo á la orilla al santo cuerpo, y acudiendo los cristianos le enterraron secretamente fuera de las murallas de Valencia, en el mismo lugar donde hoy es venerado en una magnífica iglesia.

Gabriel.—Para mí todavía es más pueril la pretensión de probar con tanta exhuberancia de prodigios la verdad del dogma; lo mismo gentil que católico. Porque si no se trata de ficciones legendarias imaginadas por la piedad y conservadas por la tradición, si todos esos prodigiosos hechos son reales en analogía con los de otros dogmas, los anula como testimonios en favor de cualquiera religión determinada.

Paco.—Por eso me parece á mí que prestaría un gran servicio á la ciencia positiva el genio que se dedicase á evidenciar lo que hay de real y de comprobable en el asnnto. San Raimundo de Peñafort nos ofrece un fenómeno que bien valdría la pena de estudiarse porque tiene analogía con alguno de los que el Evangelio atribuye á Jesús. Sabido es que el citado santo era confesor del Rey de Aragón. Tenía el Rey una entera confianza en su confesor y le hizo venir á Mallorca, donde á la sazón se hallaba la corte. Allí se continuó la conversión de moros y judíos. Pero habiendo llegado á entender que había en la corte cierta dama con quien se sospechaba que el Rey tenía algún ilícito comercio, tomó la libertad de reprenderle con respeto y de suplicarle con instancia que se sirviese separarla. Como vió que proseguía el escándalo y que el Monarca le iba entreteniendo con vanas palabras, creyó que estaba obligado á pedir licencia para retirarse y habiéndosela negado, él se la tomó. Fué al puerto para embarcarse; pero se le dijo que había orden del Rey para que, bajo pena de la vida, ninguno le pasase. Entónces lleno el santo de una gran confianza en el Señor, hizo la señal de la cruz, extendió su capa sobre el agua, tomó el báculo en la mano, montó en aquella embarcación de nueva especie, tomó la mitad de la capa, atóla al mango del báculo, haciendo mastil de éste y vela de aquélla, y, á favor de un viento fresco que se levantó, hizo en menos de seis horas el viaje de cincuenta y tres leguas que hay desde Mallorca á Barcelona. Al llegar á su convento se le abrieron por sí mismas las puertas que estaban cerradas; hallóse sin la menor hume-

dad la capa que le había servido de embarcación y de vela; y el miedo que tuvo su compañero de fiarse de aquel navío acreditó también la verdad del hecho y de la maravilla.—Como fueron innumerables los testigos de milagro tan estupendo, presto se extendió la fama por todas partes. Creció la estimación y la veneración que se tenía del Santo; el Rey se dió por entendido; al instante echó de sí aquella cortesana, y se volvió á entregar con mayor confianza en manos de su director.»

Gabriel.—En la vida de San Ildefonso, arzobispo de Toledo, se nos ofrece un *agénere* por demás curioso. Hé aquí el relato:—«En el día de santa Leocadia, pasó á su templo el Santo con el Rey, clero y pueblo á celebrar la festividad de aquella ilustre mártir toledana, y estando en oración sobre su sepulcro, con admiración de todos los concurrentes principió á elevarse la grande lápida que le cubría, y saliendo de él la Santa después de trescientos años siguientes á su muerte, tocándole con la mano le habló en estos términos: *Por ti vive la gloria de mi Señora, Ildefonso*. Pasmáronse todos á vista de tan extraordinaria novedad; solo el Santo con alguna turbación, lleno de confianza en el Señor, la suplicó humildemente se dignase interceder con Dios por todos los ciudadanos de Toledo; y para que quedase una memoria perpétua de tan singular prodigio, al restituirse la Santa al sepulcro, con la daga del Rey le cortó Ildefonso parte del velo que cubría su cabeza, el cual se conserva en aquella santa iglesia. No quedó reducida la satisfacción de la Reina de los Angeles á la demostración expresada, pues por sí misma quiso honrar á su capellan y siervo en los términos que diremos en la festividad de su Descensión.

Matías.—La posibilidad de hechos análogos la tenemos comprobada hoy por los *agéneres* de Abdulla en San Petersburgo y Kati-King en Londres entre otros varios.

SECCIÒN FILOSÓFICA

La fuerza de las ideas

Un distinguido escritor francés, Fouillée, ha propagado con gran afán la doctrina que llama de las *ideas-fuerzas*. Consiste en admitir como ideas todo estado de conciencia, que, desde que aparece, contiene un principio motor con tendencia á realizarse. Así, la idea es el comienzo del acto; y encuentra similitud entre la fuerza de las ideas y las fuerzas físicas por tener unas y otras algunos caracteres comunes.

Sin llevar muy adelante esta doctrina, es indudable, que, así como en el mundo físico toda fuerza que no encontrase obstáculo tendería á la expansión infinita, en el mundo moral toda idea necesita luchar con otras que se

oponen á su influjo. En lo físico, las fuerzas, cuanto más sútiles é incoercibles se manifiestan, más potencia desarrollan, más energía desenvuelven: en lo moral, cuanto una idea es más amplia, más generosa, más elevada, más fuerza de impulso y de resistencia tiene.

Muchos filósofos al querer sondear en lo interior del alma humana para ver qué fuerzas ó facultades tenía, pusieron especial empeño en analizar las propiedades de la inteligencia creyendo que la instrucción es lo principal que al hombre interesa. Hoy día, la Filosofia ha rectificado este juicio y ha encontrado que los actos humanos obedecen más bien á deseos, impulsos y estímulos que nacen de la esfera sensible, teniendo el sentimiento un campo tan amplio en la vida como la misma inteligencia, siendo el ideal de la moderna Pedagogía, no precisamente la instrucción de las facultades intelectuales, sino la educación integral y armónica de todas las fuerzas de nuestro sér. Por donde vemos que la idea crece y se amplia, abarcando cada vez más grandes esferas, más extensos horizontes.

Cuando una idea llega á ser del dominio del espíritu, persiste siempre en él: ¿cómo se explica entonces que unos tienen buena memoria y retienen pronto y fácilmente cuanto aprendieron, mientras que otros se apuran en vano por retener unos cuantos conocimientos que trabajosamente adquirieron? pues si el hombre no olvida ¿cómo es que al cabo de cierto tiempo mucho de lo que aprendió, no lo recuerda? Y si en la esfera del conocimiento pasa esto. por lo que hace á los afectos sucede lo mismo, pues á menudo se varía de objeto amado y el abandono, la perfidia y el engaño empleados acusan olvido del afecto primero. Además que si existe memoria para recordar, es claro y evidente que esto es porque se puede olvidar; luego el olvido existe.

Ese olvido sin embargo, es aparente, no real, jamás podemos olvidar lo que una vez se ha hecho nuestro espíritu, lo mismo en la esfera del conocimiento que en la esfera del sentimiento: cuanto el hombre ha aprendido y ha amado persiste siempre, como persiste su espíritu.

Lo que sucede es que damos por amor falacia de la de la imaginación y damos por conocimiento aprendizaje sin conciencia; pero, ni lo uno es verdadero sentimiento, ni lo otro es conocimiento verdadero. Cuando el niño aprende que las paralelas son dos lineas que no se encuentran por más que se prolonguen, no necesita recordar después este conocimiento, sinó que le está presente en su inteligencia y sin esfuerzo alguno se le manifiesta y lo ve: no es tal cononocimiento *pasado* en nuestra mente; está presente y como presente que está, lo reproduce. De esta manera lejos de ser la memoria un simple arsenal donde almacenamos conocimientos adquiridos, es *la misma conciencia en el tiempo*, ó sea, que todo lo que es consciente dura y persiste; es la facultal que tiene el alma de retener y reproducir siempre lo que una vez su conciencia ha adquirido: por esto empieza á notarse el desarrollo de la memoria cuando empieza á desarrollarse la conciencia, á los tres ó cuatro años de edad.

Preguntemos á cualquiera qué hizo cuando tenía dos años, y no podrá

responder, porque no teniendo entonces conciencia de sus actos le es imposible recordarlos; de donde se deduce que la memoria no es otra cosa que la misma conciencia continuada en el tiempo. Esa memoria rutinaria que repite palabras sin entender el significado, está enlazada de una manera más íntima con el organismo y depende más bien de la conformación cerebral que de la facilidad del espíritu para asimilarse y retener, como lo prueba el hecho de olvidar al poco tiempo lo que así se aprendió, porque en realidad no hubo verdadero conocimiento.

En cuanto al sentimiento, el que verdaderamente ama, no puede jamás olvidar el amor que tuvo. Ni la ingratitud, ni los desengaños, ni la ausencia, ni la muerte serán bastante para borrar este recuerdo y es que, como está siempre presente en el espíritu, nunca se borra y nunca llega á desaparecer. De esta manera, lo que llamamos olvido, no es tal; no es más que la *aminoración* del recuerdo de un hecho, ó de una idea ó afecto, que, al ser consciente, se puede reproducir á nuestra voluntad.

La facultad de pensar en el hombre está siempre, como las demás facultades, en continuo ejercicio, y el hombre no puede por su propia voluntad dejar de pensar.

Postulado necesario de la vida del alma es la actividad que se deriva de su misma naturaleza y *à priori* podemos decir que esta actividad se ejecuta, aunque no podamos á veces comprobarla, como *á priori* sabemos que los radios de un círculo son iguales, aunque no los hayamos medido. El alma es activa, porque es una energía que tiende á realizar siempre actos, y como esta actividad se verifica en forma de conocimiento, de sentimiento y de volición, el alma es siempre una energía ó una actividad que piensa, siente y quiere.

Dr. Manuel Sanz Benito.

SECCIÓN LITERARIA

Dos cuadros

I

Era un Convento sombrío,
sus negras torres se alzaban,
y hasta las nubes llegaban
buscando vida y calor.
Fuertes y macizos muros
cercaban huerto frondoso;
lugar triste y silencioso
dó faltaba lo mejor.

Faltaba allí el movimiento,
pues aunque muchas mujeres
de diversos caracteres
le cruzaban sin cesar.
Iban con los ojos bajos,
eran infelices monjas,
que huyeron de las lisonjas
del mundo, por no pecar.

Mas ¡ay! que ellas no contaron

con las leyes naturales,
y las energías vitales
que dan aliento y calor.
Y sintieron sensaciones
que con afán ocultaron,
y amargamente lloraron
víctimas de cruel rigor.

Porque la madre abadesa
(aunque como ellas culpable)
se mostraba inexorable
ante aquella liviandad.
Y para ejemplo y castigo
de las tristes pecadoras,
de su existencia las horas
acortaba sin piedad.

Y en el *impace* terrible
eran en vida enterradas
aquellas desventuradas
lanzando ayes de dolor.
Sufriendo tormento horrible
destrozando su organismo,
morían en aquel abismo
¡sin oír nadie su clamor!...

Y la abadesa triunfante,
pasando por virtuosa,
de su vida licenciosa
gozaba con libertad.
Si bien ocultando siempre
frecuentes alumbramientos,
ahogando los sentimientos
de dulce maternidad.

Así vivió largos años
entre lúbricos placeres,
olvidando los deberes
que impone la religión.
Y la moral sacrosanta
de toda mujer que sabe,
que la honradez es la clave
de la humana perfección.

Al fin murió la abadesa,
la iglesia elevó sus cantos:
¡y cuántos elogios, cuántos...
hubo en aquel funeral!...
Las más altas Dignidades
celebraron magna junta.
diciendo que la difunta
en la mansión celestial:

A la diestra de Dios Padre
gozaría de eterna gloria,
por que el libro de su historia,
la liviandad no manchó.
Esto se dijo en la tierra,
las monjas enmudecieron,
años y años transcurrieron
¡y al fin todo se olvidó!...

II

Siglos después una niña
alegró á dos almas buenas,
y horas dulces y serenas
le dieron vida á un hogar.
Un hogar pobre y humilde,
donde una mujer y un hombre,
dieron á la niña un nombre
enseñándola á rezar.

Creció la niña entre halagos,
por sus padres adorada,
y de todos respetada
su inocente candidez.
Joven aún, perdió á su madre,
y su padre cuidadoso,
veló siempre receloso
por su nombre y su honradez.

¿Cómo? ¿Cuándo? ¿de qué modo
burló la niña el acecho
paternal, y abrió su pecho
á una insensata pasión?
No se sabe á punto fijo
el día que marcó la fecha
que un hombre asaitó la brecha
de su amante corazón.

Solo se sabe que un día
lanzó la niña un gemido,
y un niño recien nacido
diz, que empezó á sollozar.
El padre quedó aterrado,
y ella, con afán prolíjo,
buscó en su lecho á su hijo,
para sus labios besar.

Más ¡ay! ¡el niño había muerto!...

. . . . . . , ...

. . . . ; . . . .

¡sollozos!... ¡lamentos¡... ¡gritos!...
¡arrebatos inauditos
de verguenza y de dolor!...
El padre pidiendo cuentas
de aquel vergonzoso hecho;
viendo hollado su derecho,
y mancillado su honor.
La niña muerta de espanto
de terror enmudecía,
y el sudor de la agonía
su pálida faz bañó.
Entró la gente curiosa,
se hizo pública la afrenta,
todos le pidieron cuenta
por que el amor la rindió.
Entre la vída y la muerte
meses estuvo luchando,
¿Cómo? ¿de qué modo? ¿cuándo
volvió de nuevo á sufrir?
Al fin recobró la vida,
¡pero qué vida Dios mío!...
tembló de miedo y de frío
por que no podía vivir.
Al verla la señalaban,
y la plebe enfurecida
le gritaba: ¡infanticida!
¿tu crimen no te da horror?
Y la infeliz sollozando
exclamaba balbuciente:
¡Acusáis á una inocente!...
¡no aumentéis más mi dolor!...

III

No sé por qué, presintiendo
que algún misterio encerraba
la niña que sollozaba
al oír tal acusación.
Para estudiar en la vida
pedí á un espíritu amigo,
que si había sido testigo
de aquella tribulación.
Me dijera (á ser posible)
de aquella niña el pasado:
por que el escándalo dado
debia tener *su por qué*.
Algo envuelto en el misterio,
algo en la sombra perdido,
algo terrible escondido,
algo, que criminal fué.
Y entonces, mi buen amigo
me dijo: «Te iré dictando
para que vayas pintando
un cuadro triste de ayer.»
Y tracé el cuadro primero
de esta verídica historia;
¡Cuánto cieno!... ¡cuánta escoria!
¡Ay del que llega á caer!...

IV

«Dices bien, mujer; lamenta
la suerte de los caídos;
Compadece á los vencidos
con todo tu corazón.
compadece sus errores,
¡por que son tan desgraciados!..,
á los que veas despreciados
ténles siempre compasión.
»En juez nunca te conviertas,
no juzgues á los culpables,
por que hay leyes inmutables
que se encargan de juzgar
A todos los que olvidaron
los mandamientos morales;
¡los males, producen males!...
¡quien debe... debe pagar!...»
«Por eso la religiosa
que ayer cometió deslices.
y que á tantos infelices
inhumana atormentó.
Y al morir, ante su huesa
sus virtudes elogiaron
y por Santa proclamaron
á la que tanto pecó!...
«Hoy ha sido necesario
(que sin falta cometida)

llamarás *¡infanticida!*
á una niña en su dolor.
Que si bien faltó á las leyes
lo hizo en su primer ensueño,
siendo esclava de su dueño,
y víctima de su amor.»
«Razón tenías que esa historia
tenía otra historia lejana,
la de una mujer liviana:
ten por ella compasión.
Compasión para el vencido
por sus pasiones violentas,
que hay *saldos* de algunas cuentas
que arrancan el corazón!»

Amalia Domingo Soler.

Adiós á Castelar (1)

I

Cuando el Sembrador el campo ha dejado
¿qué importa de pájaros famélica saña?
¿qué importa que ufana brote la cizaña
y de surco en surco infeste el sembrado?

II

Parte, Sembrador, sembrado ya está!
Reposa en paz de esos días de fatiga!
Mas tarde ó temprano el trigo saldrá,
y florecerá, y nos dará espiga.

III

Mucho y bien sembraste. ¡Parte, Sembrador
del campo perdido de esta tierra hispana!
De ella brotará la espiga mejor
la del porvenir, la republicana.

IV

De ella brotará la espiga que, cruento
hambre aplacando, esperanzas vibre,
hambre de libertad, de renacimiento,
de ser pueblo fuerte y ser pueblo libre.

Apeles Mestre

(1) Traducido de *La Campana de Gracia*, por D. Miguel Gimeno Eito.

VARIO

ESPIRITISMO PRÁCTICO

Pocas, muy pocas palabras hemos de decir dirigiéndonos á la gran familia espiritista.

Hay un sér que el infortunio lo hace objeto de todas sus iras; su situación sería verdaderamente desesperada si el ideal espiritista no irradiara sus fulgurantes luces en su sér; falto de salud y sin poder ganar lo más indispensable para su subsistencia, sufre con valerosa resignación todas las privaciones anexas al lamentable estado en que se halla.

¡Hermanos todos: acudamos con nuestro óbolo, sin demora, á mitigar en parte la aflictiva y triste existencia de un semejante que implora nuestro amor! ¿Se lo negaremos? ¡Oh, no!

La Revelacion se encargará de recoger los donativos para *Un Mártir del infortunio*, al cual irá remitiendo todas las cantidades que para dicho destino reciba.

¡Espiritistas, protejamos al desvalido!

¡Espiritistas, amémonos!

Ismael López

Excursiones al Cielo

Hombres y Mujeres planetarios

¿Están habitados los mundos planetarios? ¿Se parecen sus habitantes á nosotros?

La cuestión es mucho más seria, más vasta y más compleja de lo que aparentan creer ciertas inteligencias harto científicas.

El primer punto que nos llama la atención en los estudios de los otros mundos es el de saber si son parecidos al nuestro.

Cuando observamos al telescopio la Luna ó Venus, Marte ó Júpiter, buscamos en seguida, instintiva y naturalmente, si tiene analogía con el mundo que habitamos.

Nuestros esfuerzos tienden á examinar sus condiciones de habitabilidad, sus climas; sus estaciones, el estado de su atmósfera, su densidad, su fuerza de gravedad, la duración del día y de la noche, con la idea preconcebida de que el grado de probabilidad en la labor de la existencia de la vida está en razón directa del grado de semejanza con el planeta que habitamos.

¡La vida! ¡La vida! La vida irradia por todas las partes en el globo, desde las negras profundidades del océano, hasta las blancas cimas de las nieves perpetuas: se estremece en un rayo de Sol, pulula en una gota de agua, llena el aire de microbios, se multiplica de parásitos en parásitos en su propio detrimento, envuelve todo el globo de una red sin fin, que se forma constantemente consigo misma; se muestra en la tierra en el agua, en el aire, en el planeta, y en el animal, devorándose á sí misma antes que dejar de existir, y se desborda por todas partes de la capa terrestre demasiado pequeña para contenerla.

El parecido de los planetas entre sí es un hecho innegable, puesto que son de un mismo padre: Dios.

Pero difieren entre ellos, no sólo como situación, posición, volumen, masa, densidad, temperatura y atmósfera, sino también en la constitución física y química. Y el punto sobre el cual llamamos aquí la atención, es que esa diversidad no debe ser considerada como un obstáculo para las manifestaciones de la vida, sino al contrario, como un nuevo campo abierto á la fecundidad infinita de la madre universal.

Así, pues, cuando nuestro pensamiento vuela no sólo hacia nuestros vecinos de la Luna, Venus, Júpiter ó Saturno, sino hacia las miriadas de mundos desconocidos que gravitan alrededor de los innumerables soles diseminados por el espacio, no tenemos ninguna razón plausible para imaginar que los habitantes de esas otras tierras del cielo se parecen en nada á nosotros en forma ni en substancia orgánicas.

La substancia del cuerpo humano terrestre es debida á los elementos de nuestro planeta, especialmente el carbono.

Nos parece, indudablemente, que para ser hombre ó mujer hay que tener cabeza, corazón, pulmones, piernas, brazos, etc., pero nada está menos demostrado.

Todas las formas imaginables y no imaginables deben poblar la multitud de los mundos. El hombre terrestre está dotado de cinco sentidos, ó de seis, según algunos... ¿Por qué se ha de haber detenido ahí la naturaleza? ¿Por qué, por ejemplo, no ha de haber dotado á ciertos séres de un sentido eléctrico, de un sentido de orientación, ó de un órgano que perciba las vibraciones etéreas del infrarrojo ó del ultravioleta, y que permita oir á inmensa distancia y á ver al través de la paredes?

Nosotros comemos y digerimos como groseros animales. ¿No existirán mundos en los que una atmósfera nutritiva dispense á los habitantes de un trabajo tan rídiculo?

Atomos liliputienses como somos, debemos convencernos de una vez para siempre de que toda nuestra imaginación no es más que esterilidad en medio del infinito apenas entrevisto por el telescopio...

Camilo Flammarión

CRÓNICA

El día 8 del actual, tuvo lugar en Elche la inscripción puramente civil del hijo del querido correligionario D. Antonio Vicens, al cual se le puso por nombre Algiviades.

También se efectuó en Ibi el día 21 de este mes, la propia inscripción con los nombres Giordano y Ebelio del hijo del estimado amigo y entusiasta hermano en creencias D. Francisco Valls.

Actos de está indole son los que hacen falta para demostrar que el formulismo de las religiones positivas es un bagaje que precisa abandonar si se quiere ser consecuente con los ideales de progreso.

Reciban nuestra más expresiva enhorabuena tan queridos adeptos de nuestras regeneradoras ideas; y anhelamos fervientemente, que los nuevos seres que han venido á aumentar sus familias sean en su día elementos útiles de esta decrépita humanidad, á la cual con sus esfuerzos impulsen á seguir con paso más firme por el camino de su ansiada regeneración.

⁂ El 15 del presente, desencarnó repentinamente en esta ciudad el consecuente espiritista y antiguo suscriptor de La Revelacion, D. Alvaro Herranz.

Por las bellisimas cualidades de su bondadoso caracter, era muy querido de todos; pues á pesar de que se le reconocia como entusiasta propagandista de ideas avanzadas, todo el mundo, lo mismo retrógrados é indiferentes que correligionarios suyos, tenian para el abnegado Alvaro una sonrisa de afectuoso cariño.

Nosotros, al saludar al Espíritu liberto, le deseamos que sea brevisimo el periodo de turbacción y le testimoniamos una vez más el profundo amor que le profesamos.

⁂ Agradeceriamos infinito á aquellos de nuestros estimados lectores que posean el «Almanaque del *Espiritismo*», de Sevilla, del año 1874 y algun número de «La Fraternidad» de Córdoba y despues de Murcia (años 1876 al 1880), se sirvan manifestarnos si tendrian á bien remitirnoslo á titulo de inmediata devolución. Especial favor recibiriamos si alguno pudiera complacernos.

Como pudiera suceder que hubiese más de uno que nos quisiera servir, convendria que antes de enviarnos lo que pedimos, nos escribieran diciéndolo.

Suplicamos á las revistas hermanas, hagan el obsequio de reproducir nuestra petición.

Establecimiento Tipográfico de Moscat y Oñate